



**VIRGEN DE CANDELARIA,
ALBA DE TENERIFE**

POR

MANUEL PERDOMO ALFONSO

MANUEL PERDOMO ALFONSO

VIRGEN DE CANDELARIA,

ALBA DE TENERIFE

VIRGEN DE CANDELARIA,

ALBA DE TENERIFE

PROLOGO

DE

SEBASTIAN PADRON ACOSTA

Presbítero

Santa Cruz de Tenerife

(Islas Canarias)

Agosto de 1951

MANUEL PERDOMO ALFONSO

**VIRGEN DE CANDELARIA,
ALBA DE TENERIFE**

PROLOGO

DE

SEBASTIAN PADRON ACOSTA

Presbítero

Santa Cruz de Tenerife

(Islas Canarias)

Agosto de 1951

MANUEL PERDOMO ALFONSO

VIRGEN DE CANDELARIA

LIBRO DE TENERIFE

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

PROLOGO

DE

SEBASTIAN PADRON ACOSTA

Presbítero

Santa Cruz de Tenerife

(Islas Canarias)

Agosto de 1921

DEDICATORIA

PROLOGO

PROMESA Y EXVOTO

**Virgen de la Candelaria,
hoy ya cumplo mi promesa:
te ofrendo con este libro
mil frases—liricas velas—
que en los altares del tiempo
llamearán siempre eternas.
Para esconderlo en tu manto,
desde la ermita a la arena,
yo te traigo como exvoto
mi corazón—miel y cera—:
;muñeco roto de amor
entre tus manos morenas!**

Manuel PERDOMO ALFONSO

PROLOGO

Yo, encendido devoto de Nuestra Señora de Candelaria, no podía negarme a prologuizar estas páginas consagradas a exaltar a la que la "Salve de los Mareantes" saluda con la invocación de "Isleña Divina", y a quien el cronista Núñez de la Peña califica de primera conquistadora de Tenerife.

El literario exvoto de Manuel Perdomo Alfonso, exvoto literario porque "Virgen de Candelaria, Alba de Tenerife" es el cumplimiento de una promesa de su autor, ha tenido la virtud de resucitar el recuerdo de emociones intensas experimentadas por mi en 1926, año en que visité por vez primera a la "Morenica celestial" y contemplé aquel paisaje árido, desnudo, bellísimo; paisaje de rocas negras y desgarradas, de sonoro arenal, del que emergen las historias, tradiciones, leyendas, romances y coplas, más sugestivas de mi muy amada tierra sin par. Como de sacro

respeto sobrecogido, recorri aquellos rincones agres-tes, casi místicos que traían a mi memoria cuanto había leído en torno a Nuestra Señora de Candelaria, así en cronistas e historiadores como en poetas. La emocionada estampa primitiva de guanches y conquistadores en el epílogo de la vida pastoril prehispánica de los aborígenes tinerfeños, cantada por la trompa épica de Antonio de Viana, cuyas "Islas Afortunadas" deleitaron las largas horas de mis sosiegos estudiantiles, resurgió ante aquel paisaje. Y quiero confesar mi secreto, que consiste en que ningún escritor canario enciende tanto mis fervores de isleño como Antonio de Viana, al que ahora nos va a resucitar, en todas las exigencias de la crítica literaria e histórica, María Rosa Alonso, con la publicación de su tesis doctoral.

La obra de Perdomo Alfonso, tinerfeño nacido en Santa Cruz en 1928, no abriga pretensiones científicas. Es sólo trabajo de divulgación y, como antes expresé, cumplimiento de una promesa hecha a Nuestra Señora de Candelaria por haberle concedido Esta una gracia, con íntimo fervor solicitada. "Virgen de Candelaria, Alba de Tenerife" constituye una exaltación de la "Isleña Divina", de la Patrona General del Archipiélago Canario. Plásmanse aquí síntesis de episodios fundamentales de la historia de Nuestra Señora, que en lo esencial tienen como fuente a Fray Alonso de Espinosa, cronista tan concienzudamente estudiado por el Dr. Buenaventura Bonnet, y a José Rodríguez Moure, el historiador más completo en la materia que Perdomo Alfonso trata, y al que me pa-

rece dificultoso superar, ya que Rodríguez Moure escribió un libro exhaustivo, de documentación copiosa.

La parte del trabajo de Perdomo Alfonso más interesante es su relato del hallazgo de la primitiva imagen de la Virgen por los dos pastores de Acaymo, rey del menceyato de Güimar, a quienes el autor da los nombres de Tagay y Banausi. Esta narración cobra, en la pluma de Manuel Perdomo, sabor de leyenda, de tal guisa, que puede incorporarse al acervo de las que poseemos, y de las que traté en mi resunta "Ensayo histórico sobre la leyenda canaria", publicado ha poco tiempo. En la bibliografía isleña hace falta un libro en el que se reúnan las mejores de las que se han dado a luz, obra que brindamos al Instituto de Estudios Canarios, que dirige mi excelente amigo, el fino prosista, Andrés de Lorenzo Cáceres Torres.

Rasgos paisajísticos; visión exacta de la fiesta; temblores azules de crepúsculo; metáforas que vuelan como palomas llenas de blancura, de rumor y de luz; enjaezados carros de romeros con la fe de la "Morenica celestial" en el corazón y la música alada de la copla en los labios; arenales de resol; la ermita con manso reposo de gaviota; cantiles ensortijados con los ramilletes luminosos de las espumas; acto pontifical con ornamentos recamados, con abrumador y alto silencio de rezo; ojos turbios de lágrimas, cual borrosos espejos sin luz prendidos en la excelsa Patrona; un lene cielo de raso y de seda como un velario azul desplegado por manos arcangélicas sobre

la negra lámina de la playa; riscos, las inmensas órbitas vacías de los barrancos; flora hispida de parajes sureños; figuras de Menceyes y Sigoñes, de conquistadores, de frailes y soldados; corazones rotos por la angustia; romeros que arrastran sus hinojos desnudos sobre la arena calcinada por el sol: todo esto y mucho más ha asaltado mi pensamiento y mi fantasía durante la lectura de "Virgen de Candelaria, Alba de Tenerife".

El viejo arcón de mis recuerdos, de los que ya sólo vivo, ha abierto sus maderas escomidas, donde guardo, con afán de avaro, las exiguas cosas buenas que los hombres y la vida me han dejado. Apenas destapo el añejo arcaz; cuando la falsamala sube al impulso de mi mano, recuerdo estas aseveraciones del irreductible Baroja: "Ha visto uno tanto inútil, tanto imbécil, tanto cinico y egoísta progresar en la vida, que uno se resiste a creer que la inutilidad, la imbecilidad, el cinismo o el egoísmo le hayan impedido a uno hacer su camino. Puede uno asegurar con fuerza que, si uno tiene algo de inútil, de imbécil, de cinico y de egoísta, estas condiciones no son las que le han cerrado a uno el paso y le han impedido avanzar. Por el contrario, han sido las condiciones buenas las retardatarias: la ingenuidad, la probidad, la buena fe."

Mas dejemos ya los humanos pirronismos. Excesivamente tarde he aprendido que el hombre, para triunfar en la vida, necesita ser perro de presa. Yo no lo he sido y no me arrepiento de ello. Hombre ingenuo, que creí en la bondad de los demás, paso

ya por la vida sin humanas ilusiones, lleno de asco contra la pequeñez y la mezquindad de los farsantes. Sólo me alientan los buenos libros, el sosiego, la esperanza en Dios, a quien siempre pido la gracia de una buena muerte. Lo que ardientemente deseo, que es esto último, no me lo pueden conceder los hombres, sino Dios. Ya lo humano para mi no tiene grandes entusiasmos. Por ello, consagro la mayor parte de mi tiempo a la lectura de los grandes escritores místicos de nuestro siglo de oro, arcaduces maravillosos de lo divino.

Empero, tornemos a Manuel Perdomo Alfonso, que no tiene culpa del fracaso de mi vida ni de mi romanticismo.

Remate de la obra sobre que versa este prólogo es un romance acerca de temas de Nuestra Señora de Candelaria, de sabor isleño, devanado con gracia, aunque la musicalidad de los octasilabos no esté siempre a la misma altura. La intención del autor fué escribir un romance de aire popular; más, a veces, su alma de artista le traiciona, y lo popular se esfuma y dá paso a estrofas como éstas:

En las Arenas, el sol
es un redondo romero
cuando baila el tajaraste
del mediodía de fuego.

Ruidos sin fin por el ámbito
de aguafuerte verbenero;
es tanta la animación
reinante por todo el pueblo
que la tarde se estrangula
—loca de ausencia y de celos—
como una princesa altiva
sobre las rocas muriendo.

... ..

Fiesta Mayor allá arriba.

Fiesta Mayor en el cielo.

La Candelaria se casa

con un corazón isleño:

¡el Teide, su antiguo novio

en las ventanas del tiempo!

El romance ostenta muchos aciertos, y de él no está ausente el pintoresquismo. Hizo bien su autor en engarzar en los versos la voz solajero, que tanto color tinerfeño infunde al romance. Este vocablo es tan de mi gusto, que me place más que el genuino solejar, de donde, por cambios fonéticos, procede; con esa o paragógica, que imprime a la voz el rumor del sufijo ero, muy sólito en Canarias, como el sufijo ento, expresivo, entre otros valores, de color.

Solajero, de solejar, significa sitio donde el sol da de lleno.

En este romance se presenta a un juglar de Nuestra Señora de Candelaria, y, por ello, consigno aquí mi anhelo de que nuestro prologuizado poeta piense en un posible y bello "Romancero de la Isleña Divina". Le adornan dotes para esto; y no debe desechar mi idea. En punto a precedentes poéticos, además de lo conocido de Cairasco y Viana, y de la poesía tradicional, aún por recoger en libro, me vienen a la memoria dos nombres: Francisco Fernández de Bethencourt, en el largo romance que imprimió en 1873, y Diego Crosa en su composición "Los romeros". Tales antecedentes líricos no desdoran en nada las bellezas que se advierten en el de Perdomo, que se intitula: "¡Candelaria está de fiesta!". El investigador gusta de otear desde la montaña el caudaloso río de la poesía. No se trata, pues, de influencias, sino de poetas que han cultivado el tema con anterioridad.

No es esta la primera actuación literaria de Manuel Perdomo Alfonso. El 27 de enero de 1950, estrenó en el Teatro Guimerá, de Santa Cruz de Tenerife, su estampa folklórica "Nostalgia Canaria", de motivos sobre Nuestra Señora de Candelaria, escrita en prosa y verso, con música del maestro Estany, y cuya parte mejor es la romanza dedicada a la Virgen. La predicha obra teatral representóse después, el 14 de agosto de 1950, en el Teatro Fuencarral, de Madrid.

Y aquí termina el prologuista. Que el exvoto sea acogido por la Reina de nuestras islas: que "Virgen

de Candelaria, Alba de Tenerife" sirva de mensaje que encienda aún más en los corazones tinerfeños el amor a la Excelsa Patrona del Archipiélago: y que bendiga Ella desde el cielo mi pluma para siempre cantar sus glorias.

Sebastián PADRON ACOSTA

Presbítero.

I Un faro de fe en el mar isleño

Al Este de la isla de Tenerife—nao capitana: de las provincias del Teide—va amurada Candelaria.. Un pueblo blanco y moreno de sol. Costa. Cumbre. Ideal conjunción, pregonera del esfuerzo del isleño, marinerero en tierra adentro—la Virgen del Carmen venerada en las frondas del Monte de las Mercedes—y agricultor en la orilla—una ermita a San Isidro en el suave acantilado de El Chorrillo.

II Marcado en el tiempo está el nacimiento de este pueblecillo pesquero y labrador. Candelaria, lugar, surgió en torno a un Santuario, frente al verbo atlántico de las rutas y de las gestas, como nacen las tabaibas a flor mismo del perímetro roqueño.

III Farallón de las místicas invocaciones evangélicas, el pueblo presenta limpio historial de tragedias. En su pintoresco enclavamiento se sintió aliviado con las auroras variadas del levante cercano y delineados sus contornos por el claro obscuro del atardecer—empaque de los cabellos verdes de cumbres que se ondulan hasta la crilla—plasmando eternamente la acuarela del árido solar sureño que se ciñe a la curva sensual de la playa.

A veinticuatro kilómetros de Santa Cruz de Tenerife—veinticuatro horas largas en el lento peregrinar de la vida y de las cosas, de la isla y de sus gentes—Candelaria se recuesta en los lomos escurridizos de los Montes de Güimar, y en la desembocadura del Barranco de Izola, también llamado de los Guirres, Nuevo, de la Hidalga o de Chiguergue. Dos “puntas” (los cabos isleños), Punta Larga y Punta de San Blás o de los Guanches, son los vigías petrificados con una alarma de gaviotas.

Los promontorios y las hondas heridas en el terreno—¡oh, los barrancos de mi tierra siempre hambrientos de sombra y de agua!—acogen a más de cuatro mil habitantes, en su mayoría pescadores y gentes de mar, repartidos por los lugares de Candelaria... ¡guéste de Candelaria—antiguo aprisco de propiedad de la Imagen candelariera—... Barranco Hondo—¡cuánto morapio escanciado por ventradas limetas!—... Los caseríos de Araya—¿quieres un “cachó” de queso blanco y vinito seco de Araya?—; la Carretera; la Cuevecita; Malpaís; Punta Larga y Chivisaya, con sus famosas bodegas.

¿Su industria? La plata chorreante de su pescado fresco y el oro viejo del sabroso fruto de los platanales. Junto a esto, los tomateros engarzados a largos cañaverales.

Así es Candelaria. Unida siempre a sus lugares y a sus pagos como una grácil araucaria que entronca choza, lagar y bajío al talle celestial de la Virgen morena, que custodia como un faro de fe en el mar isleño.

II

Breve reseña histórica desde la aparición de la Imagen hasta nuestros días

Siglo catorce. Año de 139... Languidece el feudalismo que tanta variada influencia ejerció en el desarrollo económico-social de los pueblos y los albores del Renacimiento acompañan a la conquista total de las Islas Canarias.

Sin embargo, antes de que esto se lleve a cabo, cientocuatro años anterior a que la isla de Tenerife fuera definitivamente de cristianos, aparece la Imagen de la Candelaria.

Y se cree que fué así:

Por el año que dejamos dicho, Tagay y Banausi, nombres con que designaremos a los dos pastores guanches, que conducían su ganado cabrío por la orilla de la playa de Chimisay al aprisco de una cueva del Barranco de Chinguaro, en el término de Güímar.

La canícula vespertina desmayábase en el airecillo del crepúsculo. Por sendas y vericuetos, de sobra conocidos por la cabría grey, los dos pastores fijaban la atención en el rebaño, sin que ello les impidiese

conversar de los encantos de una jovencita guanche, suprema beldad del menceyato. O bien—costumbre arraigada en todos los pueblos—discutiendo amigablemente de la noble deportividad de una “lucha”.

De vez en vez, se interrumpía la charla para salvar las peñas y sortear copudas chumberas. El paisaje quemado del sur—retamas, pardo monte y restingas denunciadas en un burbujeo de espumas—les tenia indiferentes.

—¡Mira, Banausi!—dijo, de pronto, Tagay—El ganado da vueltas alrededor de la embocadura del barranco...

—¡Por Guañonht, que es extraño!—responde Banausi, agregando después—¡Fijate como las cabras retroceden asustadas, parece como si algo les asustara... Voy a ver qué pasa... A lo mejor son algunos pastores de otros menceyatos y guay de ellos ni no nos dejan pasar!

Adelántase Tagay, subiendo por la suave pendiente de una loma para explorar el barranco. Llegado arriba descubrió, como a unos cincuenta metros de donde él se hallaba, a una mujercita con un niño en el brazo derecho y de vestidos diferentes a los de las mujeres de la isla. De pié, sobre una roca, cerca del mar, aquella mujer miraba fijamente hacia Tagay. Este, pasado su natural acombro al ser la primera vez que halla a una persona con tal indumentaria y en actitud tan poco común en el país, se vuelve a su compañero y le grita:

—¡Banausi, ven, ven pronto!

El otro pastor, en montaraz carrera, llega al lado

de Tagay. Después de experimentar el mismo asombro que su compañero pregunta:

—¿Eso es una mujer?

—Así parece.

Y como era ley en los guanches pagar con la vida el que fuera sorprendido hablando con una hembra a solas, Tagay hace señas para que se aleje y dejara pasar al ganado que, arremolinándose, desobedecía a Banausi el cual fustigaba y apremiaba a las cabras que hacían galas de una extraña inquietud. Más, como vieran que a pesar de las señas y voces la Imagen que ellos creían animada no hacía caso, Tagay, lleno de ira, cogió una piedra para tirársela...

—¡No puedo tirar la piedra, Banausi!—exclamó angustiado—¡El brazo se me ha quedado yerto! ¿No te das cuenta?

—¡Es verdad!... Iré yo con mi tabona...

Medroso, pero lleno de cólera, Banausi sacó del zurrón su tabona (rústica arma cortante de piedra afilada por uno de sus bordes) y se acercó a la Imagen. Viéndola enteramente inmóvil, trató de cortarla un dedo...

—¡¡Ay!!—gritó Banausi con mucho dolor en su xoz—¡¡Me he cortado la mano!!

No obstante, ofuscado por la inopinada herida, prueba otra vez en su intento y se profiere nuevos cortes en los dedos

La tarde, desposándose con los negros velos de la noche, acompaña en su huida a los temerosos y confusos pastores. Ambos se presentan en la morada de

Acaymo, mencey de Güimar, y puesto en su real conocimiento lo ocurrido, le muestran, como garantía, la lisiadura del brazo y las heridas de la mano. El infiel y prudente monarca, admirado y sorprendido de lo que oía, convoca a sus nobles y vecinos en el Tagoror—sala de consultas al aire libre—y tratado el asunto acuerdan ir a ver a la “Extranjera”, primera denominación que se le dá a la Imagen.

Llegados que hubieron el mencey y los suyos al lugar, reinó alarmante confusión por el contraste de los vestidos y la postura del inanimado ser. Largo rato se quedan contemplándolo; con los banotes—pértigas de guerra y danza—algunos amedrentan a la Imagen, otros profieren tétricos gritos. Todo es en vano: la “Extranjera” continúa igual.

Por fin comprende Acaymo que aquel ser encierra algo que está por encima de lo humano y ordena llevarla a su cueva, aumentando más la confusión por los funestos resultados de las experiencias de Tagay y Banausi. El descontento y las protestas airadas son apagadas por la decisión del mencey que manda a los dos heridos a coger “aquello sin vida”. Los dos pastores, sin temor ya—iluminados, quizás, por divina idea—se acercan a la Imagen y al punto acontece el mirífico milagro de curar de sus heridas en el mismo instante que la tocaron.

La algázara hace olvidar los temores de un momento antes y al gran júbilo que produjo el prodigio de la aparecida entre los guanches se une la gallarda postura del Mencey y los nobles que le acompañaban, de cargar con la Imagen en rústicas andas—

nunca un rey tuvo tal honor—, haciéndolo luego, en disputado turno, todos los que a la playa fueron.

Así fué como los primitivos habitantes de Tenerife organizaron la primera procesión por la orilla de Chimisay, desde el paraje donde se encontró (más tarde los conquistadores cristianos levantaron una pequeña ermita llamada “del Socorro” a la cueva de Achidbinico (hoy, ermita-cueva de San Blás).

* * *

Ya en la cueva y entendiendo Acaymo que a un ser milagroso debíase de ofrecerle reverencias y custodiarlo con el mayor celo, ordena colocar sobre una piedra ricas pieles de gamuza y encima la Imagen; cubriéronla con otras no menos finas y suaves que a tiempos recogían y apartaban cuando el Mencey quería enseñarla o recrearse en su presencia: primer altar y culto pagano que tuvo la Virgen de la Candelaria.

Varios mensajeros enviados por el soberano de Güímar dan la noticia de la aparición a los Menceyes de Taoro, en el feraz valle de Arautápala (hoy Orotava); Abona; Adeje; Naga (**Anaga**); Tegueste y Tacoronte. Apresúranse todos los requeridos a personarse ante la “Extranjera” que, en inocente pleitesía y admiración, alegría sana de los pueblos buenos, le ofrendan lo mejor de sus ganados, y frutos de mocán y ricos plátanos.

Luego, en una solemne asamblea, los reyes de la isla optan por el definitivo aposento de la Imagen en la cueva de Acaymo. Tal resolución se toma por el

ofrecimiento de éste a Bentenúhya, mencey de Taoro, de tener a la "Extranjera" la mitad del año en sus lares y la otra mitad en los del señor de Arautápala: "Respondió el rey de Taoro una razón más que gentil (porque aun debajo de aquellas pieles y tamarcos había ingenios súbdos) dijo: aunque tengo el ofrecimiento en mucho, no acepto al presente el partido porque a una cosa celestial, como entiendo debe ser ésta, más respeto se le debe y será más razón que yo y mis vasallos vengamos de nuestra casa a servirle que no que ella vaya a visitarnos a nosotros, porque si ella gustara de habitar en mi reino y de que allá la sirviéramos y tuviéramos, ella apareciera allá, pero pues apareció en tu reino, su voluntad es estar en él, y pues hemos tratado paces siendo esta mujer la interventora, guardemos la paz, que habiéndola, habrá comunicación..." ("La primitiva historia de Tenerife". Libro segundo. Fray Alonso de Espinosa.)

Inmenso fué el contento de Acaymo y sus súbditos. Reverencian a su modo torpe e infantil la imagen y, de común acuerdo, le ofrecen cada cual a impulsos de sus sentimientos, las más hermosas cabras de sus rebaños, que llegaron a pasar de seiscientas. El Mencey le asigna un término particular, Igueste, donde se apacentase ese ganado y sufriendo pena de muerte quien osara hurtar o dañar a alguno de aquellos animales del aprisco a cielo raso, propiedad de la "Extranjera", primer tesoro ofrendado a su devoción.

Transcurrieron más de treinta años. Los cristianos vecinos de las islas menores tuvieron conocimiento de la estancia de la Imagen entre los aborígenes de Tenerife por un muchacho isleño, convertido a la fe de Cristo e instruido en el idioma castellano, que respondía al nombre de Don Guanche. Don Diego de Herrera, señor de Lanzarote, encarga a su hijo Don Sancho la delicada misión de traer la Imagen a sus lares con ánimos de darle el debido culto entre gentes cristianas. Don Sancho tomó rumbo a la playa de Chimisay y llegado a ella con algunos acompañantes, se presenta ante Acaymo comunicándole el deseo de su padre. Hay una fuerte oposición por parte de los naturales que Don Sancho no puede vencer, aun cuando emplea la astucia regalando muchos presentes. Aconsejado por uno de su cortejo, el hijo de Don Diego ordena reembarcar alejándose lentamente de la ribera.

Las sombras impenetrables de la noche, rasgadas tan sólo por el ladrido de un perro o la leve resaca sobre la arena, acompañan a unos silenciosos personajes que acercan una nave a la costa: son Don Sancho y su séquito. Duerme confiado el poblado guanche. Furtivamente, los fracasados parlamentarios de la mañana se tornan figuras inquietantes. Se habla en tono quedo y todos los movimientos son en extremo de gran precaución. ¡Mal les va si son descubiertos, pues saben ya el temible ardor combativo de los hijos del Teide, diestros en lanzar los banotes y ejecutar la "morrada" (golpe seco con la frente en la del adversario!) Consigue Don Sancho, en felina marcha,

llegar a la cueva de Achidbinico: nadie duerme en ella custodiando la Imagen; llega hasta el altar de pieles, se apodera de la "Extranjera" y sin apresurado paso—no roba, rescata—se dirige a la orilla, haciéndose más tarde vela a Lanzarote.

Grande fué el júbilo al ver llegar a Don Sancho con la apreciada Imagen; pero, según cuentan las crónicas, todas las mañanas aparecía vuelta de espaldas; el ganado enfermó y los habitantes contrajeron una enfermedad, que tomó caracteres epidémicos, llamada "modorra" (probablemente lo que hoy se denomina "tifus") y, en fin, tantos fueron los males que sobrevinieron en aquella isla hermana—quizás por el descontento divino—que el de Herrera envió nuevamente a su hijo a restituir la Imagen al sitio de procedencia.

Otra vez Don Sancho se encontró en la playa de Chimisay. Acaymo y los suyos negábanse a que desembarcara. El español quitó las pieles que cubrían a la Imagen. Con estupor admiran los guanches lo que ellos creen la duplicidad de la "Extranjera". Advierte Don Sancho que no existe tal doble. Comprobada en la cueva la ausencia de la Imagen—por rara casualidad no había sido visitada durante el lapso que estuvo en Lanzarote—grande fué el regocijo ante el gesto de Don Sancho a quien los naturales, en prueba fiel de agradecimiento, conceden su venia para construir un fuerte en las playas de Añaza (hoy Santa Cruz de Tenerife) y que debido a la mala política del vástago de Don Diego de Herrera fué reducida a escombros, al poco tiempo después, y puesta en peligro la vida

de sus moradores que huyeron atropelladamente, en una justísima represalia guanche.

* * *

El tiempo seguía tejiendo su gruesa cortina de horas, semanas, meses y años... Alonso Fernández de Lugo... Conquista total de Tenerife... Lenta extinción de la raza guanche con algunas de sus costumbres y su lenguaje...

El 4 de diciembre de 1534 en la santificada cueva de Achidbinico es entronizada la Imagen con el nombre de Nuestra Señora de la Candelaria. (1)

(1) Fray Alonso de Espinosa en el capítulo XIII del libro segundo de "La Primitiva Historia de Tenerife" la describe así: "...Esta de Candelaria, que por tener un cabo de vela verde en la mano, y por ser muy ordinarias las luminarias y velas que aparecen en su playa se llama así... —Esta imagen es de mazonería hecha, perfecta y acabada, cual nunca otra ví en mi vida. Es de estatura de casi cinco palmos con la peana en que tiene los pies, que tendrá dos dedos de grueso. Es de una madera colorada, no muy pesada, maciza, y no se sabe cuál es. —El rostro tiene según la proporción del cuerpo muy perfecto, un tanto largo, los ojos grandes y rasgados, que a cualquiera parte que uno se ponga parece que los tiene enclavados en él, y tanta gravedad y majestad representa en ellos y en el rostro, que ninguno lo mira de hito que no se le éricen los cabellos, y encoja los hombros.—El color es algo moreno, con unas rosas muy hermosas en las mejillas...—Está en cabellos, sin toca ni manto, y es todo el cabello dorado, con muy lindo orden compuesto, y en seis ramales trenzado y por las es-

Dos años más tarde, en 1536, siendo Sumo Pontífice Paulo III; Rey de España, Carlos I y V de Alemania; Obispo de Canarias, Dr. Fray Juan de Salamanca y Adelantado, don Pedro Fernández de Lugo, se obtuvo la confirmación del Emperador, a solicitud del Cabildo, para la construcción y culto público de un Santuario que se edificó tomando en su interior la cueva de Achidbinico con su dosel de rocas. La Imagen ocupó este lugar más de dos siglos y medio, celebrándose, como en la actualidad, su fiesta entre el día de San Eusebio y la Asunción de Nuestra Señora (14 y 15 de agosto).

paldas tendido; tiene un lindo niño al diestro lado, desnudo y con ambas manos asido de un pajarito dorado. Este niño está sentado sobre el brazo derecho de la imagen y ella lo tiene con la mano. En la otra mano izquierda tiene un pedazo de vela verde de la misma madera, del tamaño de un xeme (**aproximadamente unos catorce centímetros**), y un agujero encima para poder añadir más vela.—Está vestida a lo antiguo, con una ropa toda dorada desde la garganta hasta los pies, entera sin abertura alguna...—Asoma también un poquito del pie izquierdo fuera de la falda, con mucha gracia calzado con xervilla colorada...—El manto tiene caído sobre los hombros y asido por los pechos (los cuales a un lado y a otro hacen muy gracioso bulto, y se muestran) con un cordón colorado largo como un xeme y su lazada a la mano izquierda. Es el manto azul perfectísimo, sembrado de florones de oro por delante y por detrás... (**falta de transcribir, por su extensión y aclaración dudosa, lo que dijo Antonio de Viana: "Y de siete letreros que no entiendo—está toda compuesta y adornada"**)...

Pruebas fehacientes demuestran muchos milagros realizados por la intercesión de la Virgen de la Candelaria, aunque todavía no se ha realizado el de probar, digna y documentalmente, como lo exige la Santa Iglesia Católica, el lugar de origen de la antigua Imagen, ya que la actual (1951), no es la "Extranjera" que se le apareciese a los dos pastores guanches.

* * *

7 de noviembre de 1826... Veintitrés años hacía que la Santa Imagen ocupaba su Santuario-Convento propio en la plaza-playa de Las Arenas... En la noche de ese día se desencadenó sobre Tenerife una horripilante tempestad. Viento y lluvias torrenciales, en aluviones fantásticos, anegaban los fértiles campos tinerfeños tan desacostumbrados a esos fenómenos meteorológicos.

A la Imagen de Nuestra Señora de la Candelaria la habían colocado en una capilla provisional mientras se realizaban obras en el Santuario. Dicha capilla se comunicaba con el templo por una puerta que en aquella tarde, por descuido, quedó abierta.

Cuando empezó la tormenta los religiosos dominicos que se encontraban en aquel santo lugar, al ver que el viento levantaba las tejas de sus celdas dejándolas al descubierto, buscaron refugio en una cueva situada en el traspatio del Convento sin sospechar que el huracán y la lluvia alcanzarán proporciones tan violentas. La fuerza del agua, precipitada en vertiginoso impulso, arrasó casas, árboles, ganado, todo

cuanto hallaba a su paso y en una compacta masa, azotada por el fuerte aire y la lluvia, tomó la dirección del mar...

La compleja tromba arrolló las frágiles paredes del Santuario; entró por la puerta que, descuidadamente, habían dejado abierta en la provisional capilla donde, de manera interina, se hallaba la Imagen, y lo que en ella había fué precipitado al océano por la furia de los elementos.

Tormenta como aquella, tan horrible y sacrilega, no ha conocido jamás Tenerife.

Fueron inútiles las pesquisas para encontrar la primitiva talla: el mar, que nos la había traído, la recibió de nuevo, guardándola (¿para siempre?) en sus ya enriquecidos y profundos ámbitos.

Desvanecidas las esperanzas; viendo lo inútil de los ímprobos trabajos realizados y siendo apremiante la restitución al culto de Nuestra Señora de la Candelaria, los religiosos dominicos encargaron otra Imagen.

¿Y a quién le cupo el honor de esculpirla? Al escultor tinerfeño, discípulo de Luján Pérez, Fernando Estévez.

Fernando Estévez del Sacramento (según el hasta hoy su único biógrafo, el culto Presbitero don Sebastián Padrón Acosta) nació en la Villa de la Orotava el día 3 de marzo de 1788 y murió en La Laguna el 14 de agosto de 1854, precisamente en la víspera de la festividad de la Virgen de la Candelaria.

Tenía Estévez 39 años cuando empezó a esculpir la Imagen. Su exquisito temperamento artístico (ates-

tiguado también por una de sus más bellas y delicadas imágenes: la Purísima, de la Parroquia de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife) no sólo se limitó a reproducir los rasgos y actitudes de la desaparecida talla, aunque bien es verdad que en algo se guió por los grabados de la antigua "Extranjera", sino que hizo mucho más: creó.

"Altamente simpática y atrayente es la nueva escultura de la Candelaria, a pesar de su colorido más que moreno" (D. José Rodríguez Moure).

"Si fué una desventura perder reliquia tan antigua y tan amada y objeto de tanta devoción como la primitiva imagen, juzgando por los facsimiles que de ésta se conservan, la nueva imagen supera en belleza a la primitiva. El rostro de la imagen está acabadamente labrado. Y hay una divina ingenuidad y gracia en el Niño Jesús que sostiene en su brazo derecho..." (Don Sebastián Padrón Acosta en su libro "El Escultor Canario don Fernando Estévez").

La nueva Imagen—adorada hoy con inmenso fervor— fué coronada pontificalmente en la mañana del domingo 13 de octubre de 1889, siendo Obispo de Tenerife el Excmo. e Illmo. Sr. D. Ramón Torrijos y Gómez. A tal fastuosa y emotiva ceremonia, celebrada en un marco de gran religiosidad y esplendor, asistieron todas las autoridades superiores de la provincia y nutridas representaciones de las dos Diócesis del archipiélago portando estandartes alusivos a tan brillante acto. Dichos estandartes adornan actualmente el techo del viejo Santuario, próximo a ser reemplazado en el culto por la monumental Basílica que se

constituye a su anexo con la aportación económica de los Organismos oficiales de la isla y de una suscripción pública.

Esta es, en síntesis, la historia de la aparición de la Imagen hasta nuestro días, en los cuales la Virgen de la Candelaria es unánimemente aclamada Patrona del Archipiélago Canario; de varios pueblos de la Península y de Hispanoamérica. Protectora de los más puros ideales de las islas y sublime compañera en el aliento conquistador y misionero de los hijos de esta tierra, como lo define la copla, alma inmortal del pueblo:

“Todo el que es de Canarias,
lleva en su gran corazón:
la Virgen de Candelaria
y el Teide, como oración.” (1)

(1) Isa de la estampa folklórica tinerfeña, “Nostalgia Canaria”, original de M. Perdomo y el maestro Estany.



III

Himno a la Virgen de la Candelaria

¡Salve, tú, celestial Virgen Morena
de las islas Patrona preferida;
beso suave del sol que el rostro quema
y en el cielo canario estrella unida!

Plenitud fecundante de los campos;
protectora ideal del pescador;
oración y nostalgia en mundo extraño
al amparo de tu bello fulgor.

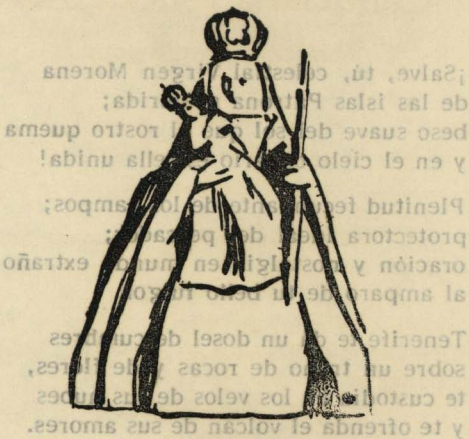
Tenerife te dá un dosel de cumbres
sobre un trono de rocas y de flores,
te custodia en los velos de sus nubes
y te ofrenda el volcán de sus amores.

¡Salve, tú, mi divina Soberana
que la estela del mar vino a traer
a la tierra del Teide que te aclama
inmortal atalaya de la fe!

Virgen Morena de la Candelaria
¡excelsa gloria del cristiano amor!

(Autor de la música el maestro Juan Estany)

Himno a la Virgen de la Candelaria



(Autor de la música el maestro Juan Estany)

¡Salve, tú, mi divina Soberana
 que la estela del mar vino a traer
 a la tierra del Teide que te aclama
 inmortal estalva de la fe!

Virgen Morena de la Candelaria
 ¡excelso gloria del cristiano amor!

Teniente de un dosel de plumas
 sobre un tajo de tocas y de flores,
 te custodios los velos de las nubes
 y te ofrenda el volcán de sus amores.

al ampararte a este mundo extraño
 oración y sus lágrimas en un
 protectora de los pobres;
 Plenitud fe en los tiempos;
 y en el cielo de la unión
 beso suave de la tu rostro quemado
 de las islas Puntas
 ¡Salve, tú, Virgen Morena

IV ¡Candelaria está de fiesta!

(Romance al estilo popular)

I
¡El estampido resuena
del “volador” pregonero!

Amanece lentamente
en el rincón tinerfeño
del lugar de Candelaria,
agricultor y pesquero,
cuando se quita lo obscuro
de la marina del sueño.
Ondeán las oriflamas
al relente mañanero.
Una turba de chiquillos
con los rostros somnolientos
en los hogares repiten
la canción a voz en cuello:
“¡Madre, “adispierte” ya
y póngame el traje “güeno”
que voy a ver como llegan
el montón de “macharengos”!

... ..

La Plaza de las Arenas
a poco se va cubriendo
con la ubicua turrонера;
el de las rifas y el juego;
la noria ahita de estar
rodando de pueblo en pueblo;
ruletas con la “engañifa”
sorteando vidrio y yeso;
mil cachivaches en franca
anarquía de su empleo
y la canaria señal
del ventorrillo festero.

.....

La compacta muchedumbre,
un mar de gentes riendo,
a media mañana está
contándose ya por cientos;
llegan de todas las partes
usando todos los medios
que si al tipismo ha vencido
el desplazarse en moderno,
por la carretera viene,
anacrónico, estupendo,
en un carro—vino y palmas—
“rejijides” de romeros
y un vario sonar de cuerdas
del timplillo parrandero.

.....

II

El triste chirriar de puertas,
solemne, grave y austero,
deja escapar presurosa
desde el interior del templo
una atmósfera cargada
de santidad y de incienso;
allá, al fondo, sobre altar,
flores y velas ardiendo,
La Virgen de Candelaria,
la del semblante moreno,
con una dulce expresión
disimula su contento;
por el Santuario navega,
en suave lago de rezos,
el galeón de la fe
que divisa el santo puerto
de la hornacina de plata
donde la Virgen y el tiempo
anclan corazones rotos
de los mares del infierno.
Ya está empezando la Misa,
la gran Misa del momento
que santificando el día
no paganiza el festejo;
en el sagrado recinto
ni un alfiler tiene hueco;
latinos cantos salmodian
los tres frailes domingueros;
el coro de voces finas

en el armonium sereno
es liturgia que embalsama
en la frente al pensamiento:
“Salve de los Mareantes”,
un cantar hecho evangelio
y que recuerda el batir
dentro del agua los remos;
tiemblan de emoción los labios
suplicando algún deseo:
“A mi hijo que está en “Bana”
encamínalo derecho;
que comida no le falte
y muera bajo este “sielo”...
(en su mente ya ve al hijo
que regresa “indiano” hecho.)
“Aquí te traigo a mi niña,
más bonita que un lucero,
dále, mi Virgen Morena,
luz para sus ojos ciegos”...
(ni aún las madres comprenden
tantos imposibles ruegos
de arreglar Dios y la Virgen
los humanos imperfectos.)
“Para mí es la mejor
que de mujeres se han hecho
pido que al cabo de un año
en este altar nos casemos”...
(y las manos de los novios
son dos pájaros inquietos).
La Misa Mayor acaba.
Las promesas es un velo

de cera ardiente y pastosa
en el respirar del templo
y una montaña de exvotos,
desde el más fino al grotesco,
cada cual simbolizando
la petición que se ha hecho.
(Son las iglesias canarias
únicos grandes museos
de estas sencillas ofrendas
que conmueven por su gesto.)

En las Arenas, el sol
es un redondo romero
cuando baile el tajaraste
del mediodía de fuego.

“¿Quiéres venir a San Blás?”

Allí se respira fresco
y piedritas de su cueva
a Santa Cruz llevaremos;
curan males de garganta
metidas en agua hirviendo...”

La playa es un comedor
donde se sirve el almuerzo
de “papitas arrugadas
con el pescadito fresco”,

mojo picón abundante,
pan de trigo lagunero
y vino blanco de Araya
junto al tinto de Acentejo
que con el plátano rubio
y el café, caliente y negro,
ponen el punto final
a los festines playeros.

Después se acercan las bromas
con su aire picaresco;
se bailan alegres isas
bien en cadenas o sueltos;
saltonas; Santo Domingo;
el tanganyillo ligero
y el contestar estribillos
de gracia y donaire llenos.

¡Vamos deprisa a “la lucha”!,
pues ha retado al terrero
un mozo de Tacoronte
a un chico candelariero;
toman clásica postura;
empieza el noble torneo;
jadea con sed de triunfo
seguro el tacorontero;
los dos con astuta maña,
buscando el “cango” travieso,
dan unas vueltas cogidos

—dos toros cuernos con cuernos—
hasta que el de Candelaria,
bien afianzado al suelo,
levanta a pulso y con fino

al luchador forastero
—los músculos se declaran
anchos cordones de hierro—
y llevándolo despacio
de nuevo a ras del terrero
en traspies inesperado

lo tumba rápido al suelo.
Los aplausos echan humo,
en gloria al candelariero,
simbólico gladiador
del deporte guanchinesco.

Vestidos como los guanches
a la Imagen conocieron
hacen la “Danza del Palo”
en prontos giros ingenuos.

Expectación en un grupo:
el “rebumbio” mete miedo.
No pasa nada. Total
lo de siempre: dos riñendo.

Las muchachas casaderas
improvisan el paseo

prietas de galanes cortos
y de sano galanteo

Los "guachinches" animados
con su olor de adobo fresco;
cantares de todo el mundo
en un largo parrandeo.

Ruidos sin fin por el ámbito
de aguafuerte verbenero;
es tanta la animación
reinante por todo el pueblo
que la tarde se estrangula
—loca de ausencia y de celos—
como una princesa altiva
sobre las rocas muriendo.

IV

¡Cómo refresca la brisa
al ardiente solajero!
La luz artificial tiene
capote de bandolero
robando el ámbar de sombras
del escenario festero.

Cual si una voz lo mandara
todos se van al Conyento.

la procesión va a salir
en tradicional paseo
por la playa de Chimisay
como de antiguo lo hicieron
el bravo Mencey Acaymo
con sus nobles y plebeyos;
Santa Ana, la otra iglesia,
empieza su campaneo
y del Santuario responden
también las suyas tañendo;
ascienden los "volagores"
reventando con el aureo
lagrimear de su carga,
sorpresa, color y miedo;
la triple fila de gentes
a los bordes del trayecto
esperan la procesión...
¡en este instante saliendo!
¡Qué indescriptible emoción
que se cuele por los huesos!;
la luna se vuelve santa
perfumándose de incienso;
las estrellas se aproximan
por el horizonte isleño:
la corona de la Imagen
luce más con sus destellos;
el mar es agua bendita
en los hisopos durmiendo;
de repente, suelta loca
de las palomas de dedos,
en una ovación cerrada

le hace el recibimiento;
la Virgen, andas de plata,
a hombros de candelarios,
toma rumbo a la ribera
dejando atrás el Convento.
¿Cómo la pueden llevar
segura por el sendero?
¡Dios mío! ¡Van a tirarla
las manos que están cogiendo
el rico borde del manto,
las flores que le pusieron,
para reliquias de hogaño
de un santo valor inmenso;
surge la copla en los labios
del corazón de un moreno
muchacho que apenas tiene
en la barba cuatro pelos:
¡Jamás a Dios se le ha visto
hablarle así ningún pueblo!:

“Una folia no basta
tenerla dentro del pecho,
hay que cantarla a la Virgen
madre de los tinerfeños”;

la procesión continúa
junto a los aros de fuego
en multicolor estampa
del alarde pirotécnico;
interminable es la marcha
que lleva ahora el cortejo:
la enorme marea humana

se bate contra el Convento
adónde se vá la Imagen
de retorno del paseo.
Un anciano pescador
—salitre con traje nuevo—
exclama en amargo tono:
“¿Hasta el año venidero?”

V

Avanzan lentas las horas
en un caballo sin frenos.
De la madrugada el filo
la noche estaba partiendo.
Banderas y gallardetes
duermen en alas del viento
que ya se ha tornado en fría
y en honda voz del silencio.
En la plaza las Arenas
ya quedan menos romeros
aun cuando el que no se marcha
vale por los que se fueron:
¡no basta con alargar
dentro del alma el contento,
hay que “remachar” la “juerga”
con aguardiente del bueno
y “mandarse una mañana
de a cuarto litro lo menos”!

... ..

Se recoge la alegría
en los mantos del recuerdo

y con paso vacilante
va cantando un “macharengo”:
“Pa el año que venga iré
a Candelaria de nuevo:
esta Virgen se merece
ser todo el año romero”.
¡Fiesta Mayor allá arriba,
Fiesta Mayor en el cielo:
la Candelaria se casa
con un corazón isleño:
¡el Teide, su antiguo novio
en las ventanas del tiempo!



Índice

	<u>Pág.</u>
DEDICATORIA: PROMESA Y EXVOTO	5
PROLOGO, de Sebastián Padrón Acosta	7
I.—Un faro de fe en el mar isleño	15
II.—Breve reseña histórica desde la aparición de la Imagen hasta nuestros días	17
III.—Himno a la Virgen de la Candelaria	33
IV.—¡Candelaria está de fiesta! (Romance al estilo popular)	35



PRECIO: CINCO PTAS.
